

## Artículos

Selección de artículos periodísticos publicados de 1999 a 2004 en el Diario El Comercio, Lima 1999.

### No hay huelga posible (acerca del éxito del escritor)

¿Qué pasaría si los escritores de verdad hicieran huelga? Esta pregunta se la formuló un personaje de un cuento de Italo Calvino. En la trama de aquel texto, la sociedad iba sufriendo una suerte de embrutecimiento caudaloso, una tonta y feliz alegría basada en la lectura imbécil de panfletos producidos por escritoruelos que aplicaban esas fórmulas baratas que abundan tanto en los tiempos que corren. El otro día me hice la misma pregunta y se me ocurrió ejecutar un acto feroz, desesperado y lúdico. Ubiqué en mi lista de direcciones todos los autores jóvenes latinoamericanos que me parecían de verdad, es decir, esos amigos cuyo éxito literario ha sido bien merecido a golpe de talento (sus libros están en todas partes), y muchos de los cuales son representados por el agente literario Guillermo Schavelzon. Decidí hacer el chiste de convocarlos a una huelga de plumas caídas, o de computadoras apagadas, que no es lo mismo pero es igual.

Utilicé las siguientes palabras: «Amigos. En estos tiempos aciagos se impone una radical toma de posición basada en el conocimiento de que una acción colectiva de los intelectuales, nos devolverá las conquistas que hoy se ven amenazadas. Está de moda proclamar por todas partes la muerte de los intelectuales, el fin de uno de los contrapoderes críticos capaces de oponerse a las fuerzas de orden económico y político, al mal gusto, a la sensiblería y a Paulo Coelho. ¡Aunemos nuestras voluntades, neguémonos a producir una línea más, para que todos comprendan que la literatura de verdad es tan necesaria como el sol de cada día!».

Como esperaba, casi nadie tomó en serio mi broma, salvo algunas excepciones. Transcribo a continuación la respuesta más representativa de los tiempos que corren, y me reservo el nombre de su autor, baste saber que es famoso, usted probablemente lo ha leído: «Ronaldo, tu broma me parece de muy mal gusto. Permíteme decirte que a mis treinta años no he logrado la carrera que esperaba, apenas tengo un premio internacional, sólo he sido traducido al francés, inglés y alemán, y mis adelantos de derechos de autor no pasan de cinco mil dólares. O sea, que si dejo de escribir en mi mejor momento, puede enfriarse el éxito que he cosechado, mi agente me dará la espalda, y tendría que dedicarme a trabajar como tú que te la pasas dictando clases en no sé qué universidad de Lima. No sé cuál será el tuyo, hermano, pero mi problema es ganar tiempo».

Uno hace un chiste y enseguida el hambre de éxito pone serio a alguien. He aquí la moraleja más evidente: En ciertos intelectuales, el éxito y el sentido del humor son incompatibles, porque se toman al primero muy en serio. La literatura se ha convertido en una empresa que renueva su personal periódicamente, y hay que ganar tiempo y beneficios a toda costa. Antes un autor de cuarenta años se podía considerar joven, hoy mi amigo de treinta se queja de haber sido traducido sólo a tres idiomas. ¡Salud compadre, y larga vida a los intelectuales!

◆◆◆

### Casonas bonitas, Bienal fea (acerca de la bienal de artes plásticas en Lima, Perú)

Me parece extraordinario que nadie se haya hecho en algún medio la simple y llana pregunta: ¿Qué pasa con la Bienal de Lima? Tal vez yo estoy loco y la respuesta es obvia, porque la mayoría de las cosas que no nos gustan son obvias en este mundo nuestro de cada día. O tal vez la desidia, la autocomplacencia o la chatura paralizan esa duda metódica que según Descartes era el principio de nuestra existencia inteligente.

No voy a hacer crítica de artes plásticas porque para eso están los especialistas, aunque echo de menos con toda mi alma que alguien hable mal del anodino circuito televisivo de la cubana Tania Bruguera, del tristemente feo avión de cartón que mide como diez metros y está colgado en el techo de una de las salas principales, o de las 500 palas que parece que alguna empresa de construcción dejó olvidada en el piso de la antigua Terminal de Trenes. Les dicen «instalaciones», que es la palabra mágica, el non plus ultra, la quintaesencia de la falta de talento.

Me corresponde hablar de lo otro. Empezando por una inauguración rarísima, que debió empezar a las siete y empezó a las nueve. Donde lo más atractivo no fue la fiesta teatral del pasacalle que nos

quedamos esperando, en su lugar desfilaron desordenadamente un montón de gente con vestimentas folklóricas, turrónes de Doña Pepa en la cabeza, trajes plásticos con unos gorros que recuerdan esos protectores que las mujeres se ponen cuando se duchan y no quieren mojarse el pelo. Un auténtico performance provinciano donde lo más artístico fue ver a Eliane Karp al lado de Andrade saludando a los cuatro gatos que curioseaban.

Pero las exposiciones están muy bien protegidas. Hay un ejército eficientísimo de policías, omnipresentes, polivigentes y amantes del arte, que cuando uno pone una mano en una pared de un pasillo donde no hay una sola obra colgada —esto me ocurrió a mí— van corriendo a gritarnos que no se pueden tocar las paredes, como si fueran de cartón. Ni en el Louvre he visto tanto celo. Revisan los bolsos a la salida, hurgan en cada intersticio de las mochilas. Yo los comprendo, pues ya que no hay muchas obras de arte, el público puede verse tentado a cargar con una pala que es un objeto de lo más útil, una losa de mayólica, un muñeco de trapo, o acaso con uno de los tantos televisores que están en todas partes, porque si algo hay son televisores y artefactos eléctricos.

Al final de mi jornada asistí a un incidente de lo más ilustrativo. Era una sala donde una artista argentina transmitía en un enorme televisor ese invento genérico llamado videoarte. Aparecían pequeños muñecos en la pantalla, y entre otras cosas la intención era provocar reacciones adversas en el público con la consecuente interacción, o sea, expresiones aprobatorias o de críticas. Pues ante la risas de algunos de los «videoartevidentes», entró un enérgico policía y ordenó hacer silencio, porque el arte no es para reírse. En el fondo tiene razón: la Bienal de Lima es cosa seria.

◆◆◆

### La ecuación de la amistad (filosofía de bolsillo sobre la amistad)

Ribeyro alguna vez escribió: «Podemos amar a una persona que nos desprecia e incluso que nos ignora. La amistad, en cambio, exige la reciprocidad, no se puede ser amigo de quien no es nuestro amigo». Por eso la decepción amorosa duele más, pues al impulso de amar no lo contagia el rechazo, y uno sigue aferrado a lo que ya no es. Sin embargo, una amistad traicionada nos deja con una extraña mezcla de tristeza y cólera, pero la decepción es más llevadera y las maletas se hacen más rápidas.

Tengo un amigo químico (o sea, que estudió química), que ha llegado a la conclusión de que la amistad es inversamente proporcional al gasto de energía del yo con respecto al otro. O sea, que si la persona que tengo delante me induce a gastar una gran cantidad de energía mental en aparentar lo que no soy, o en agradarle, o en convencerlo de lo brillante que soy porque todavía no se ha dado cuenta, en ese caso, no estoy delante de un amigo. Pero cuando puedo mostrarme tal como soy, con todos mis desatinos y miserias, sin siquiera percatarme de que lo estoy haciendo, es porque estoy delante de un amigo (a no ser que se trate del psicoanalista).

De ahí que la relación amorosa no implica la amistad: se puede amar la apariencia de alguien, o reprimir nuestra auténtica personalidad para que alguien nos ame. Tampoco son necesariamente amigos los padres y los hijos, pues ambos pueden estar representando un papel de acuerdo a lo que el otro espera. En ambos casos habría un fuerte gasto de energía mental, de simulación, que induce al yo a desplegar una especie de strip tease, pero al revés: se va cubriendo de sucesivas capas para no mostrarse tal y como es.

Pero lo que no contempla la ecuación de la amistad son las consecuencias de un cero gasto de energía frente al amigo. Si ante alguien me abandono y quedo desnudo, el otro puede confundir esto con una especie de pasaporte permanente hacia mi metro cuadrado de intimidad. Una suerte de licencia para hurgar sin preaviso, aconsejar sin que le pregunten, juzgar y profetizar en tierra ajena. No hay resistencia, no gasto energía para ocultarme o defenderme, y el amigo está en condiciones de irrumpir sistemáticamente en mi ámbito.

Si el grado de amistad puede medirse por el gasto de energía, quizá la más difícil y principal virtud del amigo es la de devolverme esa ausencia de resistencia en forma de distancia. Existen zonas que aunque permanezcan abiertas no deben ser penetradas. Lo imagino como un pueblito de Asturias llamado Tazones, donde la gente deja la llave metida en las chapas de sus puertas, pero nadie entra en casa ajena. Cuando alguien que dice ser mi amigo se toma la licencia de girar mi llave sin avisar, automáticamente deja de serlo, porque empiezo a gastar energía en protegerme. Es el momento de hacer las maletas y mudarse a otro sitio, aunque duela.